DOS CUENTOS ÁRABES MEDIEVALES EN LA LITERATURA HISPÁNICA: «EL VIEJO CELOSO» Y EL «ATERRIJAJE SIN COLA»

Por
MARÍA JESÚS RUBIERA MATA

La trayectoria de los cuentos populares —de los *folk-tail*— suele ser sorprendente, ya que viajan a través del tiempo y las culturas, cambiando de ropajes y de lengua, pero conservando su estructura, que encierra un valor universal. Una de las grandes aportaciones de la literatura árabe a la universal ha sido, precisamente, el ser transmisora de estos cuentos populares, a algunos de los cuales ha teñido para siempre de su propia cultura. Vamos a ver en estas páginas la historia de dos cuentos árabes —al menos fue en esta lengua donde se contaron literariamente por primera vez— que aparecen y desaparecen en muy diversos lugares de la literatura hispánica, desde Cervantes a un cuento popular valenciano.

El primero es la explicación de un refrán o *matāḥ* y debió nacer durante los primeros siglos del Islam en el ambiente de los logógrafos de Cufa y Basora, pues corresponde por estructura (relato etiológico), escenario (época pre-islámica) y personajes (Luqmān, los amalecitas) a esta época (1).

El cuento nos da la explicación del proverbio que dice: «No ha pecado sino con el pecado de Ṣaḥar» y parece aplicarse a las personas que han sido castigadas sin ninguna culpa. El proverbio y su historia etiológica se halla recogido por As-Sarrāy (s. XI) en su libro de historias de amor y enamorados *Lizas de los amantes* (2). El protagonista del cuento es Luqmān ibn 'Ād, el legendario sabio longevo de época pre-islámica que aparece en una azora del Alcorán (XXXI), pero su protagonismo en esta ocasión le viene debido a su longevidad exclusivamente y no por su sabiduría de la que da pocas muestras. La historia es como sigue:

(1) R. SELLHEIM: «Mathal», *Encyclopédie de l'Islam*, 6, 1989, p. 807.

(2) MAṢĀRĪ' AL-'UṢṢĀQ, Beirut, 1958, I, 76-77.

Luqmān Ibn 'Ād Ibn 'Ādiya, el que vivió como siete cuervos, era desgraciado con las mujeres, pues cada vez que se casaba, su mujer le traicionaba. Por ello decidió casarse con una muchachita muy joven que no conocía a los hombres y construir una casa, cavándola en la ladera de una montaña. Puso una escala con una cadena por la que subía y bajaba, y cuando salía levantaba la cadena.

Sucedió que uno de los amalecitas o gigantes vio a la joven esposa, se enamoró de ella y acudió a sus hermanos diciéndoles: «Por Dios, tengo una empresa que es imposible». Le preguntaron de qué se trataba y les dijo que se había enamorado de la mujer de Luqmān. Sus hermanos le preguntaron entonces qué treta podían usar, y el joven les dijo: «Reunid vuestras espadas, me ponéis entre ellas, formando un gran haz, se lo lleváis a Luqmān y le decís: Nos vamos de viaje y queremos confiarte nuestras espadas hasta que volvamos tal día». Así lo hicieron y Luqmān puso las espadas en un rincón de su casa.

Cuando Luqmān se ausentó, el joven salió de su escondite, y aunque la esposa huyó de él al principio, terminó en sus brazos. Cuando ella oía que Luqmān volvía, le escondía entre las espadas hasta que pasaron los días y los amalecitas volvieron a buscar sus espadas y se las llevaron.

Pero Luqmān levantó la cabeza, vio un escupitajo en el techo y le preguntó a su mujer: «¿Quién ha hecho eso?» y ella contestó: «Yo». Y Luqmān le ordenó: «¡Escupe!». Lo hizo y su escupitajo no llegó al techo, por lo que Luqmān dijo: «¡Oh desgracia! Las espadas me han engañado» y arrojó a su mujer desde lo alto del monte, y quedó hecha pedazos.

Bajaba Luqmān aún iracundo de la montaña cuando se encontró con su hija Şaḥar que le increpó diciendo: «¡Oh desgraciado! ¿Qué has hecho?» y su padre dijo: «Tú también eres mujer» y le cortó la cabeza. Por eso dice el proverbio árabe: «No ha pecado sino con el pecado de Şaḥar».

Este cuento se conserva de forma oral en Marruecos, o al menos se conservaba en el primer cuarto del siglo XX cuando lo escuchó Angel González Palencia (3). La estructura es la misma aunque las circunstancias han cambiado: se ha vuelto un cuento urbano, dejando atrás el mundo pre-islámico con sus viviendas rupestres y sus gigantes:

Un viejo rico, desengañado de las mujeres, se casa con una niña y la encierra en su casa a cal y canto. Un joven se entera de su existencia y por medio de una alcahueta se introduce en la casa dentro de un baúl, y se produce el adulterio. El anciano perdona a su joven esposa pero enloquece y la muchacha, tras dilapidar la fortuna del marido, termina pidiendo limosna.

Angel González Palencia no conocía el cuento árabe de Luqmān, pero sí relacionó el cuento marroquí con la novela ejemplar de Cervantes «El celoso extremeño» que tiene la misma estructura argumental. La recordaremos brevemente:

Un viejo indiano, desengañado de las mujeres, se casa con una jovencita a la que encierra en su casa con toda la servidumbre, compuesta de mujeres excepto un viejo portero negro. Un joven sabe de su existencia y engañando al portero entra en la casa.

El adulterio se consuma en la primera versión de la novela, concretamente en el ma-

(3) A. GONZÁLEZ PALENCIA: «Un cuento popular marroquí y "El celoso extremeño" de Cervantes», *Homenaje a Menéndez Pidal*, Madrid, 1924, I, 417-423.

nuscrito de Porras de la Cámara, pero en la edición de 1613 el adulterio es sólo aparente.

El anciano engañado perdona a su esposa, pero muere de disgusto y la joven se encierra en un convento.

El cuento marroquí y la novela de Cervantes son menos misóginas que el relato de Luqmān. La razón es que la ligereza de la joven esposa se justifica por un hecho que debe aparecer en el cuento marroquí y que González Palencia elude bajo el comentario de que hay «detalles obscenos». Cervantes también lo conocería: la ancianidad del protagonista llevaba aparejada su impotencia.

Aunque es posible que Cervantes escuchase el cuento en el Norte de África, durante su cautividad, también es posible que el relato árabe tuviese una vida propia en la Península Ibérica, como herencia de al-Andalus. Porque de nuevo surge la estructura argumental en una de las novelas de María de Zayas y Sotomayor, en *El prevenido, engañado* (4):

Fadrique, desengañado de las mujeres y para prevenirse, se casa con Gracia, jovencísima y boba doncella que no había salido nunca del convento donde había sido llevada a los cuatro años. Tras la celebración del matrimonio, Fadrique dice a su esposa que la vida de casados consiste en que ella vestida con armadura vele mientras él duerme. Gracia se lo cree y la vela nocturna hace que durante el día duerma sin que tenga ocasión de hacer otra cosa. Más en una ausencia del marido, un galán descubre su existencia, consigue entrar en la casa por medio de las tercerías de una vecina y allí enseña a la ingenua Gracia lo que es en realidad la vida de casados. Cuando regresa Fadrique, su mujer le dice que prefiere la otra forma que ha aprendido de estar casada con el otro marido. Fadrique calla para evitar mayores males y muere a los pocos años y Gracia termina en un convento.

La figura del marido desengañado y celoso que aísla a su joven e inexperta esposa es semejante a la de los otros relatos, con el elemento explícito de la no consumación del matrimonio que, como hemos dicho antes, justifica la acción de la esposa. La transformación de la cueva o casa aislada en una armadura implicaría una reelaboración emblemática típica del barroco en el que está inmersa María de Zayas.

El relato sigue fascinando a los escritores españoles y vuelve a surgir con todos sus elementos explicitados en el siglo XX, y esta vez directamente tomado del cuento marroquí: el viejo celoso e impotente, casado con una niña inocente. Surge de nuevo en *La pared de la tela de araña* de Tomás Borrás.

Tomás Borrás (Madrid, 1891-1976) fue corresponsal del periódico *El sol* en la guerra hispano-marroquí durante el año 1920 y sin duda alguna se enamoró de Marruecos, en general, y de Tetuán, en particular. Fruto de esta estancia y de este enamoramiento fue la novela mencionada, escrita en Tetuán-Xauén en el mismo 1920. El escritor tiene una mentalidad colonial, con evidente antipatía hacia los moros montañeses que combatían al ejército español, pero con verdadera admiración hacia la civilización árabe del Marruecos urbano. Tomás Borrás debió escuchar el cuento marroquí, que también había oído y recogido Angel González Palencia, y lo utilizó como argumento de la novela:

(4) MARÍA DE ZAYAS: *Novelas completas*. Ed. María Martínez del Portal, Madrid, 1973.

Ésta se inicia en Tetuán, donde un anciano se enamora de una chiquilla vecina suya que entrevé por casualidad y se casa con ella, aunque su anciana esposa le abandona indignada. La jovencita vive en la reclusión habitual de las mujeres árabes urbanas y había sido feliz en la opulenta casa de su anciano marido, si no fuera porque éste jamás consuma el matrimonio. Un joven zanquilargo del zoco descubre el problema y con la terciaria de una esclavita negra, seduce a la esposa, haciéndose pasar por el marido. La frialdad de éste después de la engañosa noche de amor, irrita a la joven que se burla de su marido que termina maltratándola, con lo que pide el divorcio. El anciano esposo cae en una melancolía enfermiza, como en el cuento popular y en Cervantes. La jovencita es raptada por orden de la antigua esposa para ser dedicada a la prostitución.

El argumento es evidentemente el mismo del cuento marroquí escuchado por Angel González Palencia por las mismas fechas y el que fue fuente de Cervantes en «El celoso extremeño», aunque Tomás Borrás utiliza una técnica de «aplazamiento» para llegar al desenlace, por medio de la búsqueda de la joven raptada por las montañas del Rif, búsqueda que lleva a cabo el propio autor por encargo del anciano y que le sirve para describir Xauén y las guarniciones españolas en el Rif, con un retrato muy poco amable de la comunidad judía y de los rifeños. Tras este aplazamiento llega el desenlace: la joven, tatuada como bailarina-prostituta, es repudiada por su padre y ella rechaza, a su vez, a su ex-marido, deseosa de ir a Tánger como bailarina. El anciano muere de melancolía.

No lo es menos sorprendente el recorrido del otro cuento del que vamos a hablar. Fue ya estudiado por Elías Terés y es una anécdota que se le atribuye al poeta, astrónomo e inventor del siglo IX, ‘Abbās ibn Firnās (5) que en la Córdoba omeya, concretamente en la Ruṣāfa, intentó volar con un vestido de plumas y dos alas que se había fabricado como de pájaro. Consiguió mantenerse unos instantes en el aire, pero en el momento de tomar tierra no supo maniobrar y se dio un gran golpe, porque no se había puesto cola, que es lo que utilizan los pájaros para posarse (6).

Es evidente que el tema del hombre que intenta volar como los pájaros forma parte del folclore universal y tiene su mejor representante en la leyenda de Ícaro, pero el detalle del «aterrizaje sin cola» no aparece registrado en el resto de los cuentos folclóricos sobre los ícaros que en el mundo han sido. El vuelo de Ibn Firnās, es ya absolutamente folclórico, aunque atribuido a un personaje histórico, al que por sus muchos inventos cabía que también intentase volar. De hecho la historia de su vuelo no aparece en las fuentes más antiguas sobre el personaje. Es Ibn Sa‘īd al-Magribī (s. XIII) quien primero menciona su vuelo como una interpretación literal de un verso de Mu‘min ibn Sa‘īd, poeta contemporáneo de Ibn Firnās (7), que también podría interpretarse de una forma metafórica sobre la cortedad del vuelo intelectual de ‘Abbās ibn Firnās:

¡Quiso aventajar al grifo en su vuelo,
y sólo llevaba en su cuerpo las plumas
de un buitre viejo! (8).

(5) E. TERÉS: «‘Abbās ibn Firnās», *Al-Andalus* 25 (1960), 239-249.

(6) TERÉS, *op. cit. supra*, p. 241.

(7) E. TERÉS: «Mu‘min ibn Sa‘īd», *Al-Andalus* 25 (1960), 455-467.

(8) TERÉS: «‘Abbās ibn Firnās», *op. cit. supra*, p. 241.

Y de hecho el «aterrizaje sin cola» es un añadido de al-Maqqarī (s. XVII).

El cuento del «aterrizaje sin cola» aparece en la literatura española, tal vez a través de los moriscos, pero sin que realmente podamos probar una conexión literaria árabe.

Terés lo encontró en una «loa» de Agustín de Rojas (m. 1618) (9): nos interesa resaltar aquí, por lo que luego seguirá, que la historia contada en verso por Rojas sucede en Valencia, donde se describe una procesión que debe ser la del Corpus:

Entre todas estas cosas
me dijo: Sacan un águila
donde va metido un hombre,
con unas muy grandes alas.
La cual va haciendo camino
cuando la procesión pasa,
y juntamente con esto,
entre otras figuras, sacan
a dos ángeles vestidos,
muchachos de buenas caras,
con cabelleras muy rubias
y con sus alas doradas.

Un campesino, al ver el águila y los ángeles, decide también volar con dos alas fabricadas por él, y como ‘Abbās ibn Firnās se da un gran golpe que atribuye igualmente a no haberse puesto una cola:

Y que volara sin duda
si no llevara una falta;
y preguntado qué era
aquello que le faltaba,
le respondió que la cola,
que, a no faltarle, volara.

El cuento del «aterrizaje sin cola», proceda o no del cuento árabe, se encuentra en el folclore valenciano; Agustín de Rojas sitúa la acción del cuento en Valencia y aún se conserva en forma de dicho en estas tierras. Es el *Pardalot d’Alcoi, que quan anà a volar, li faltava la cua*, que se aplica a la gente con falta de previsión y que se explica como la historia de un campesino que quiso volar con unas alas hechas de cañizos y se dio también un buen golpe cuando se dio cuenta de que no llevaba cola.

Quienes dicen aún hoy la frase, no pueden imaginar que el primer pardillo que aterrizó sin cola fue un poeta árabe cortesano del siglo IX en el jardín real de la Rusafa de Córdoba. Es la sorprendente trayectoria del cuento popular.

(9) E. TERÉS: «Sobre el vuelo de ‘Abbās ibn Firnās», *Al-Andalus* 29 (1964), 364-369.